

cada en un libro del príncipe Phtah-Hotep, redactado, quizá solamente reproducido, al fin de la quinta dinastía, es decir, hace más de cincuenta siglos, conservado en la Biblioteca Nacional de París. En obedecer para ser recompensado por una larga vida y por la benevolencia de los que mandan, consiste toda la sabiduría, de lo que el mismo príncipe autor se ofrece como ejemplo: «Así he llegado á la ancianidad en la Tierra; he recorrido ciento diez años de vida con el favor del rey y la aprobación de los ancianos, cumpliendo mi deber con el rey en el lazo de su gracia», que es exactamente la misma moral reproducida después en el mandamiento puesto por Moisés en la boca de Dios: «Honra á tu padre y á tu madre, para que tus días sean prolongados sobre la tierra que el Eterno tu Dios te da»<sup>1</sup>.

La duración tenaz de las preocupaciones, que induce á confundir las relaciones afectuosas de la familia con los supuestos deberes de severidad de una parte y de estricta obediencia de otra, perturba la claridad de juicio relativamente á la dirección de las escuelas. Si la libertad ha de ser completa para cada hombre en particular, parece que los padres son perfectamente libres de dar á sus hijos la educación tradicional de castración y sumisión, lo cual no es exacto, porque el padre no puede atentar contra la libertad del hijo. No reconocerlo así equivaldría á pedir para el verdugo la libertad profesional de cortar cabezas, para el militar la libertad de atravesar á bayonetazos Chinos ó huelguistas, para el magistrado la libertad de enviar caprichosamente hombres á presidio. La libertad del padre es de ese mismo género cuando dispone absolutamente de su progenie para entregarla al Estado ó á la Iglesia: en ese caso, la mata, ó, lo que es peor, la envilece. En su amor ignorante es el enemigo más funesto de los suyos.

En sus relaciones sociales con sus semejantes, los hombres libres no pueden admitir en el padre un propietario legítimo de su hijo y de su hija, como desde Aristóteles á San Pablo y desde los Padres de la Iglesia á los Padres de la Constitución Americana, se consideraba al amo como poseedor natural del esclavo. Los confesores

<sup>1</sup> Exode, cap. XX, vers. 12.

de la moral nueva han de reconocer el individuo libre hasta en el recién nacido, y le defienden en sus derechos contra todos y ante todo contra el padre. No hay duda que esta solidaridad colectiva del hombre de justicia con el niño oprimido es cosa muy delicada, pero no por eso deja de ser un deber social, porque no hay término medio: ó se es campeón del derecho ó cómplice del crimen. En esta materia, como en los demás asuntos morales, se plantea el problema de la resistencia ó de la no resistencia al mal, y si no se resiste, se entrega de antemano los humildes y los pobres á los opresores y á los ricos.

Algunos educadores comprenden ya que su objetivo consiste en ayudar al niño á desarrollarse conforme á la lógica de su naturaleza, en hacer que florezca en la joven inteligencia lo que ya posee en forma inconsciente y en secundar estrictamente el trabajo interior, sin precipitación, sin conclusiones prematuras. No ha de abrirse la flor á la fuerza ni cebar el animal ó la planta dándole antes de tiempo un alimento demasiado substancial. El niño ha de ser sostenido en su estudio por la pasión, y ni la gramática, ni la literatura, ni la historia universal, ni el arte pueden todavía interesarle; sólo puede comprender estas cosas bajo una forma concreta: la feliz elección de las formas y las palabras, las relaciones y las descripciones, los cuentos, las imágenes. Poco á poco lo visto y oído le suscitará el deseo de una comprensión de conjunto, de una clasificación lógica, y entonces será tiempo de hacerle estudiar su lengua, de mostrarle el encadenamiento de los hechos, de las obras literarias y artísticas; entonces se adueñará de las ciencias de una manera diferente á la de la memoria y su naturaleza misma solicitará la enseñanza comparada. Como los pueblos niños, la infancia ha de recorrer la carrera normal representada por la gimnasia, los oficios, la observación, los primeros experimentos. Las generalizaciones vienen después. De lo contrario, es de temer que se desflores la imaginación de los niños, que se gasten antes de tiempo sus facultades intelectuales, y que se les haga escépticos y estragados, que es el mayor de los males.

El amor y el respeto del maestro al niño deben prohibirle en su trabajo de tutela y de enseñanza el empleo del procedimiento sumario de los antiguos déspotas, la amenaza y el terror: no tiene

á su disposición más fuerza que la superioridad natural asegurada al educador por el ascendiente de su estatura y de su fuerza, su edad, su inteligencia y sus adquisiciones científicas, su dignidad moral y su conocimiento de la vida. Ya es mucho, siempre que el niño conserve el pleno dominio de sus facultades, y no se disminuya por el exceso de trabajo.

Admitido que la educación es una colaboración entre el alumno que se presenta con su carácter propio, sus hábitos y costumbres particulares, su vocación especial, y el profesor que quiere utilizar esos elementos para la obra de desarrollo intelectual y moral que emprende, éste debe conocer á fondo cada uno de sus discípulos, y, á la vez que practica la más equitativa imparcialidad, empleará diversos procedimientos con cada individuo. Su clase contendrá pocos individuos, no pudiendo éstos ser numerosos más que en los coros, los ejercicios gimnásticos, los paseos y los juegos.

Son, no obstante, indispensables algunos camaradas en los estudios serios, porque la iniciativa individual necesita ser solicitada por el espíritu de imitación. Lo que se llama la emulación es, por su lado bueno, la necesidad natural de imitar al compañero, de saber lo que sabe, de igualarle en todo. La mayoría de los alumnos aprenderían á costa de grandes esfuerzos si hubieran de estudiar solos, sin amigos que les animaran espontáneamente por la voz, el gesto, la mímica: la manifestación de la vida de otros suscita la vida en ellos mismos; aprenden por el ejemplo más que por los hechos con que enriquecen su memoria; se forman cierto método que les acostumbra al orden en el trabajo, y se ingenian en disciplinar sus esfuerzos, en prepararse para la práctica de la ayuda mutua que será la parte más útil de su existencia. Una buena educación, presupone, pues, un grupo de niños bastante considerable para que puedan entregarse á obras comunes, empresas alegres y vivamente acabadas.

¿De cuántas unidades se compondrá ese grupo? Algunos teóricos de la enseñanza han querido limitarle á ocho, número que les parece representar una armonía natural, un ritmo de distribución fácil que se reproduciría en el conjunto del trabajo (Barthélemy Menn); pero la vida, cambiante siempre en sus fenómenos, no se acomoda



EL TITRITERO EN LA MANDCHURIA

Cl. P. Sellier.

la menor elevación de la temperatura frontal<sup>1</sup>. Fortuna que sea así para el estudio de la religión, porque, tomado en serio, espantaría la idea de un Dios vengador. Como dice elocuentemente Tolstoi<sup>2</sup>, el mayor crimen que puede cometerse con el niño, es aquel de que casi todos los padres y maestros se hacen culpables, consistente en comenzar la escuela por la representación aterradora de un ser, principio de las cosas, esencialmente caprichoso, infinito y feroz; personaje que, después de haber creado al hombre susceptible de cometer el pecado original, castiga ese pecado con un sufrimiento eterno. Si el niño imagina vagamente que los hombres han de ayudarse con reciprocidad en el camino de la dicha y rechaza la bárbara enseñanza que se le da, sus ideas no dejan de quedar perturbadas, vacilantes, y la doble vía moral que se le hace, le acostumbra á la hipocresía del lenguaje.

A semejanza de aquellos que, por miedo á las revoluciones, ponderan los efectos de la paciencia y lo «ilimitado del tiempo», podría esperarse todo de la escuela por el ejercicio futuro de la libertad; pero sería olvidar que la educación tiene á veces un carácter regresivo, y que la mayoría de las escuelas son, tanto por el programa que se les ha dictado, como por el espíritu y las tendencias de los hombres que las dirigen, centros rutinarios ó hasta reaccionarios, en los que, por repeticiones imbéciles ó hasta por una enseñanza perversa, se organiza de antemano un ejército, ó al menos una multitud hostil al progreso. Hay escuelas que realizan el ideal de contrarrevolución de que están animados sus fundadores; los niños aprenden en ellas á hacer signos de cruz y genuflexiones, á murmurar oraciones que no comprenden y á practicar costumbres de esclavos. Dedicados al trabajo en cuanto hacen su primera comunión, ya no saben leer y apenas pueden escribir su nombre cuando llegan á su mayor edad, siendo toda su vida carne de Iglesia.

Sin embargo, la evolución gradual de las ideas, que, alejándose del antiguo régimen, dejan aún subsistentes preocupaciones tenaces y formas y hábitos mentales defectuosos, ha dado origen á una educación bastarda, de efectos entremezclados y contradictorios.

<sup>1</sup> Samsonov, *Jizn*, Diciembre 1899.

<sup>2</sup> De *l'Education Religieuse*, «Revue Blanche», 15 Septiembre 1900, ps. 102 y siguientes.

En su pobre enseñanza, el cura cristiano tenía la ventaja de una cierta lógica concordante con las místicas creencias y las necias

N.º 586. Instrucción en la península Itálica.



1: 10 000 000

0 100 250 500 Kil.

Este mapa-diagrama representa, según la gradación siguiente de los rayados, el tanto por ciento de los cónyuges (ambos sexos reunidos) que no han podido firmar con su nombre el contrato de matrimonio:

a de 0 á 15 %	c de 30 á 45 %	e de 60 á 75 %
b de 15 á 30 %	d de 45 á 60 %	f de más de 75 %

En Córcega, las cifras para 1901 eran de 34 % y de 23 % en los Alpes Marítimos. En los territorios de Austria-Hungría y de la península balcánica, Túnez y Argelia no hay estadística que suministre datos.

adoraciones; pero el maestro no tiene ya la fe, y, forzado, según la expresión adoptada, á «echar á Dios de la escuela», continúa

plegándose á los métodos inspirados por el dogma católico y monárquico. Hablando en realidad el antiguo lenguaje y sirviéndose de los mismos procedimientos de instrucción y de pretendida moralización, reemplaza á Dios por otro Dios, la Ley ó la Patria, que representan la bandera y otros símbolos. Si esa nueva divinidad se tomara en serio por los niños, su horizonte moral se estrecharía singularmente, porque la patria no es más que un estrecho girón de tierra, considerado generalmente como rodeado de enemigos, en tanto que la idea de Dios respondía, para las almas tranquilas y sencillas, á una justicia ultraterrena.

La escuela verdaderamente emancipada de la antigua servidumbre, no puede tener franco desarrollo sino en la Naturaleza. Lo que en nuestros días es considerado en las escuelas como fiestas excepcionales, paseos, carreras en los campos, en los eriales y los bosques, en las orillas de los ríos y en las playas, debería ser la regla general. Porque únicamente al aire libre se hace conocimiento con la planta, con el animal, con el trabajador y se aprende á observarles, á formarse una idea precisa y coherente del mundo exterior. ¡Cuán tímidamente entran en esta vía padres y educadores! ¡Y cuán beneficioso, no obstante, sería combinar la salud física y la salud moral por el trabajo alegre en el campo, en pleno aire libre!

En Coupvray (Sena y Marne), los niños de la escuela se habían constituido en sociedad ornitófila, y en 1898 protegían 570 nidos de pájaros contra lirones, comadrejas, ratas y ratones<sup>1</sup>. En el Jura, los escolares de Cinquétral, cerca de Saint-Claude, se habían propuesto la replantación del arbolado de las pendientes assoladas por las lluvias torrenciales, y con legítimo orgullo mostraban sobre las vertientes de las inmediaciones los 15,000 árboles que habían plantado y que protegían muchas praderas contra la destrucción que ocasionan las aguas malas.

Esos trabajos útiles en plena naturaleza, que contienen los rudimentos de los oficios que practicaron los primitivos y se desarrollaron después en una industria poderosa, las obras de arquitectura, de escultura y de dibujo, que tanto agradan á la generalidad de

<sup>1</sup> *Revue Scientifique*, 13 Febrero 1899, p. 128.

los niños y á las que se refieren el arte de la escritura y de la lectura; por último, el canto, la danza, la mímica, las bellas actitudes rítmicas, tal es el conjunto de las ocupaciones que deben preparar el niño á la serie de los estudios ulteriores destinados á hacer de él un hombre. Añádase lo que se puede aprender de matemáticas trazando figuras sobre la arena, porque la geometría



UNA ESCUELA NEGRA

Cl. de Zlatá Praha.

y el álgebra son admirables medios para dar una forma lógica al pensamiento y á sus expresiones: el que aprende á medir las dimensiones se instruye también en el arte de encadenar sus razonamientos y de regular sus palabras. En cuanto á los estudios especiales que vendrán en los años de la adolescencia, variarán según los individuos, porque conviene que la enseñanza se adapte á cada naturaleza particular y la dirija en conformidad á su vocación personal. Sin embargo, ningún alumno debe quedar sin adquirir «claridades de todo», para que halle su alegría en todos los progresos de la ciencia y del arte y pueda siempre tomar parte activa en las conversaciones con sus compañeros sobre los trabajos que especial-